



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 74-98

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

**Comprometidos, orgánicos y expertos:
Intelectuales, marxismo y ciencias sociales en Argentina
(1955-1973)**

Pablo Ponza

Universidad de Barcelona

Introducción

Los jóvenes letrados de clase media urbana que accedieron o dieron forma a los circuitos intelectuales más activos entre los años 1955 y 1973, lo hicieron inmersos en un contexto histórico caracterizado por la expansión y la modernización de las propuestas culturales y el desarrollo técnico. En Argentina este proceso, paradójicamente, se combinó con una creciente espiral de violencia y represión políticas como consecuencia del golpe militar contra el gobierno constitucional de Juan Perón y la proscripción de su partido, el peronismo, que constituía entonces la principal fuerza electoral del país.

La marginación del peronismo de toda opción legalizada de representación política y de acceso al gobierno tuvo diversas consecuencias, y rápidamente se convirtió en el conflicto central del período, un conflicto que no sólo inclinó a los sectores *duros* del partido hacia canales informales

e insurreccionales de protesta, sino que condicionó el desarrollo de toda práctica cultural. Asimismo, sostener la ilegitimidad de los sucesivos gobiernos –electos a espaldas de la fuerza política numéricamente determinante– requirió de una creciente represión contra quienes no sólo resistían la privatización de las decisiones políticas, sino, especialmente, el retroceso de los beneficios sociales conseguidos durante los gobiernos de Perón.¹

En este marco y durante el transcurso de dicho conflicto, se incorporó a la actividad pública una *generación* de intelectuales cuyo signo identitario quedó marcado por su preocupación ante las problemáticas políticas. Este nuevo colectivo llegó cargado de ideas y cuestionamientos dirigidos no sólo contra el orden político-social establecido, sino también contra la concepción tradicionalmente elitista de su función en tanto intelectuales.² En ese proceso de cambio de concepciones—ese intento por romper con el clásico perfil aristócrata con el que se representó a los intelectuales—, podemos distinguir la emergencia de tres diferentes representaciones de intelectual. Es decir, en estos años (y en virtud de los fines analíticos planteados por este artículo) podemos identificar tres tipologías más o menos genéricas y permanentes: la del intelectual *orgánico*, la del intelectual *crítico* o *comprometido*, y la del *experto* o *especialista*. Estas tres representaciones se fortalecieron, combinaron y mutaron de manera diversa en un contexto nacional que ofrecía las condiciones de posibilidad y emergencia propicias, a propósito del largo

¹ Dan buena cuenta de la agudeza del conflicto el paso de 8 presidentes diferentes (Leonardi, Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía, Levingston y Lanusse) por la casa de gobierno—2 de ellos civiles y 6 militares—, todos incapaces de desarrollar un proyecto político sostenible sin caer bajo el peso de las luchas facciosas antiperonistas o la acción desestabilizadora del sabotaje peronista.

² El desplazamiento migratorio (interno y externo) hacia los grandes centros urbanos, así como la gran movilización obrera que se registró durante los gobiernos peronistas (1946-1955), significaron el despliegue de una nueva realidad ideológica, política y socioeconómica para el conjunto de la sociedad argentina y en especial para la clase media, que con el correr de los años y frente a la permanente inestabilidad institucional que provocó la proscripción de la fuerza electoral más numerosa del país, pareció comprender con claridad y sorpresa que el peronismo no era la *pesadilla* descrita por los intelectuales liberales de la revista *Sur*—donde participaban personajes notables como J.L. Borges, V. Ocampo o C. Mujica Lainez—, sino que se había convertido en una realidad social insoslayable que, gustara o no, había cobrado una magnitud, arraigo y fidelidad hacia la figura de Perón con una gravitación fundamental en el devenir de la vida política nacional.

debate público que motivó el nuevo orden político, social y económico *postperonista*.

Pero antes de comenzar con la descripción de las mencionadas representaciones, cabe señalar que los coloquialmente llamados años *sesenta* (1955-1973) parecieron marcar un punto de inflexión entre dos paradigmas, entre dos tiempos. Parecieron pues, haber constituido el espacio donde tuvo lugar una crisis y un cuestionamiento profundo de las hasta entonces formas tradicionales de participación y representación política de los sectores medios, letrados y eminentemente urbanos de la sociedad argentina. En este sentido, la ampliación de las propuestas culturales, la paulatina fragmentación del conocimiento en campos disciplinarios especializados, los modernos métodos de abordaje de las ciencias sociales, la reconfiguración de las relaciones laborales, la redistribución internacional del trabajo, la alta complejidad que adquirió el ordenamiento económico y la tecnificación de las sociedades modernas sin duda terminaron por afectar el lugar y la percepción que las llamadas *vanguardias* o *elites culturales* habían ocupado tradicionalmente en las esferas más cercanas al poder. Acostumbradas hasta entonces a ser activas partícipes de las articulaciones simbólicas del orden—tanto en lo que refiere a la construcción simbólica y material del Estado como a las diversas problemáticas nacionales—, muchos *hombres de letras* quisieron y reclamaron un protagonismo que frecuentemente buscó mezclar, en un mismo campo de intervenciones, la dimensión cultural con la política.

Por último, y antes de introducirnos en el *corpus* de este ensayo, vale la pena decir que el clima de época donde se inscribe este relato estuvo marcado por una cultura libresca y por una sensación de cambio, de optimismo y rebeldía. En efecto, la idea de *nueva generación* a la que nos hemos referido más arriba, remite precisamente a una especie de deseo compartido respecto al cambio social (la transformación, la revolución, etc.) en tanto seña de identificación o, en todo caso, de negación de antiguos referentes.

1. Los intelectuales *orgánicos*

1.1. La renovación teórica y la influencia del marxismo

La década de 1960 se inauguró en un espacio de crisis ideológica donde no sólo quedaron desacreditadas las nociones de progreso ilimitado propuestas por el capitalismo liberal, sino también los mecanismos dogmáticos y represivos del Estado comunista. En este último caso, la crisis abierta por el XX Congreso del PCUS (1956) y la pérdida de su centralidad en cuanto a las interpretaciones oficiales del marxismo, permitió a los intelectuales argentinos de izquierda, por un lado, incorporar o recuperar a pensadores apartados por el stalinismo como Gramsci, Lukács, Korsch, Luxemburgo, Bujarin, Grossman, Bernstein, Kautsky, Pannekoek, Bauer, Chayanov o Ver Borojov. Y por otro, sumar tanto los aportes de Lefebvre y el existencialismo de Sartre, como los trabajos de la Escuela de Frankfurt—en especial los de Adorno, Horkheimer y Benjamín—que buscaron llevar adelante una auténtica crítica marxista del marxismo, un anhelo que dio lugar no sólo a una intensa relectura de obras clásicas de Engels, Lenin y Trotsky, sino especialmente el primer Marx (o joven Marx), donde se descubrió su relación con la filosofía de Hegel y su carácter humanista e historicista.

Por otro lado, hasta los primeros años de la década de 1960 Argentina no había sido un campo fértil para el desarrollo amplio de la cultura marxista, que había quedado reducida a la tarea solitaria de estudiosos independientes o autodidactas pertenecientes al Partido Comunista, que tuvo en sus revistas *Nueva Era* y *Cuadernos de Cultura* los dos únicos órganos de difusión permanente. Pero a partir de entonces la atracción que ejerció el marxismo como doctrina explicativa de los conflictos y el curso garantizado de la historia comenzó a exceder a los núcleos originarios, rebalsando hacia amplios sectores medios letrados que, alternativamente, no sólo profundizaron en sus complejidades y sofisticación teórica, sino que comenzaron a considerarla la herramienta conceptual más avanzada de la época para el estudio de la realidad social y

sus conflictos.³ Lo mismo ocurrió con el *socialismo*, un ideal de orden político, social y económico que sedujo a una importante porción del progresismo. El *socialismo* era pensado entonces como un horizonte, como una fórmula de solución a problemas como el subdesarrollo, el hambre, la pobreza, el analfabetismo, la explotación y las desigualdades. Dicho imaginario se vio promovido, entre otros factores, por la incapacidad que mostraron los estados europeos para hacerse cargo de la pauperización social que vivían sus poblaciones luego de los desastres provocados por la Segunda Guerra Mundial, un hecho que marcó el reacomodo internacional de fuerzas—un nuevo mapa sociopolítico—y que expresó una crisis y una rearticulación intelectual y moral profunda de algunos valores de convivencia.

Pero respecto a la amplia aceptación y la complejidad que fue adoptando el marxismo entre los lectores que accedían a los circuitos académicos o las librerías de la calle Corrientes en la ciudad de Buenos Aires, podemos observar una diferenciación entre los llamados *aficionados* y los que supuestamente asumían un marxismo *verdadero*. Es decir, hubo una creciente reivindicación de aquellos estudiosos que bregaban por un marxismo preciso, erudito o profundo, frente a otro de uso (digamos) coloquial o superficial. Por ejemplo, Eliseo Verón reivindicó explícitamente la validez del marxismo como teoría y práctica revolucionaria y como instrumento de análisis histórico y sociológico:

[O]ptamos por una perspectiva marxista de las ciencias sociales. Esta decisión lejos de ser una decisión política y “extrasociológica”, como lo pretenderá el sociólogo puro, es una decisión impuesta por la naturaleza misma de lo que llamamos ciencias sociales.⁴

³ El nuevo alcance del marxismo queda expuesto en 1963, por ejemplo, cuando *Marx y su concepto del hombre* de Erich Fromm integra la lista de *best sellers* del semanario *Primera Plana*, o en las novedosas lecturas del evangelio en clave existencialista que proliferan en la comunidad cristiana argentina y que recogen la experiencia de intelectuales franceses como Calvez, Chambre, Mounier, Theilard de Chardin o Pierre Bigo, quienes trabajan con anterioridad incluso al Concilio Vaticano II (1962-1965) y la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) en una potencial compatibilidad doctrinaria entre cristianismo y marxismo, exaltando el cónclave humanista historicista de ambas; una tarea compleja y muy polémica que en la Argentina fue encarnada—principalmente—por el filósofo Conrado Eggers Lan, las revistas *Criterio* en la etapa dirigida por Jorge Mejía, y *Cristianismo y Revolución* dirigida por Juan García Elorrio.

⁴ Eliseo Verón, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, Año 1. N° 2-3 (1962): 13.

A través de *Contorno, Pasado y Presente* o *Cristianismo y Revolución*, entre otras publicaciones de la época, podemos observar un viraje en las concepciones de la nueva fracción intelectual que se incorporó a la vida pública luego del Golpe de Estado de 1955 contra el gobierno de Perón. Este grupo cuestionó tanto el orden capitalista y el lugar asignado a su rol social, como la eficacia de los métodos aplicados hasta entonces para conseguir objetivos políticos.⁵ Asimismo, como es de suponer, muchas editoriales argentinas del período recogieron los cambios de concepción incorporados por la pujante intelectualidad contestataria que producía, debatía y polemizaba sobre los destinos del país, Latinoamérica y el llamado Tercer Mundo. En este sentido fueron muy significativas las experiencias de *La Rosa Blindada, Cuadernos de Pasado y Presente, Centro Editor de América Latina, Siglo Mundo* y *Eudeba*, entre otros sellos editoriales que vibraron en consonancia con el relato de una época signada por una cultura libresca que transitaba un profundo proceso de modernización socioeconómica y de gran politización de los circuitos culturales.⁶

⁵ Respecto a la opción de las vías armadas, en el número 4 de la revista *Pasado y Presente* (Córdoba, 1964) podemos ver una extensa reflexión acerca de los motivos por los cuales se consideraba posible e incluso necesario el desarrollo de una *Vanguardia* que pusiera en práctica las ideas revolucionarias desarrolladas hasta entonces. Si bien *Pasado y Presente* fue una entre muchas otras publicaciones de estos años, a mi juicio es quizás la que expresó mayor complejidad y riqueza teórica. Del proyecto inaugural de *Pasado y Presente* participaron O. del Barco, A. Arcondo, J. Aricó, H. Schmucler, S. Kieczkovsky y J.C. Portantiero, grupo al que se integraron luego J.C. Torre, C. Guiñazú, C. Assadourian, F. Delich, L. Prieto y C. Giordano. Su estrategia de intervención dio un papel fundamental al desarrollo de la cultura y las ideas en la gestación de transformaciones políticas y sociales, por lo que fue explícita aunque no únicamente gramsciana. Sus editores ubicaron la tarea de la revista en la intersección de una circunstancia histórica marcada por la ruptura y el cambio, pero donde la nueva generación no sólo no reconocía maestros sino que se consideraba dispuesta a construir nuevos referentes y a ser un agente activo de la transformación social.

⁶ Otras editoriales como *Lautaro, Anteo Argumentos, Arandú, Capricornio, Cartago, Fundamentos, Futuro, Patenón, Platina, Proteo, Procyón, Problemas, Raigal*, entre otras, también se encargaron de traducir y dar a conocer los textos marxistas y los clásicos del pensamiento científico y filosófico de la época.

1.2. El marxismo histórico-humanista y la *cuestión nacional*

En efecto, el humanismo historicista se convirtió en uno de los rasgos esenciales de los núcleos intelectuales contestatarios y, por qué no decir también, de la producción intelectual más prolífica de aquellos años. Como ha señalado oportunamente Oscar Terán, una de las cosas que permitió el marxismo como género del *humanismo* fue extender el intercambio entre existencialismo y materialismo histórico.⁷ A su juicio, en esa especie de operación ideológica fue posible detectar el cambio desde la concepción del *intelectual comprometido* (en el sentido existencialista sartreano) como árbitro y responsable de sus propios actos, hacia la del *intelectual orgánico*. Es decir, a favor del intelectual comprometido con la transformación social impulsada por y desde las diferentes organizaciones políticas revolucionarias de la época.

Si hablamos de humanismo historicista es ineludible referirnos a la influencia del pensamiento de Antonio Gramsci. ¿Cuáles fueron los principales aportes de Gramsci a la intelectualidad de izquierda? La recepción del pensamiento de Gramsci en los núcleos letrados argentinos estuvo mediada en buena parte por la originalidad y funcionalidad de conceptos como el de *hegemonía*, que otorgaba una importancia fundamental al rol de los intelectuales y la cultura en el proceso de transformación social, un rol que a juicio de sus entusiastas debía darse a través de una tarea ligada *orgánicamente* al desarrollo de la organización política revolucionaria. De allí la idea de *intelectual orgánico*. En este sentido, si bien Gramsci reconoció que los intelectuales constituían una capa de la burguesía que colaboraba activamente en el fortalecimiento y la coherencia de la hegemonía ideológico-cultural burguesa, consideró que éstos a su vez tenían la capacidad de mantener una autonomía relativa que les permitía convertirse en constructores, organizadores y persuasores constantes de las transformaciones del ámbito político social.⁸

Otro de los elementos esenciales en este nuevo esquema ideológico marxista fue la llamada *cuestión nacional*. La incorporación crítica de

⁷ Oscar Terán, *Nuestros años sesenta* (Buenos Aires: El cielo por Asalto, 1993).

⁸ Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales* (Barcelona: Grijalbo, 1974).

pensadores histórico-humanistas dio la posibilidad a los intelectuales argentinos de ampliar los esquemas conceptuales e interpretativos aplicados a los conflictos sociales nacionales, cosa que no había ocurrido con anterioridad en las organizaciones de la izquierda clásica. Tal vez este sea uno de los elementos más importantes que la *nueva izquierda intelectual* recogió de la lectura de Gramsci, autor que pareció ofrecer buena parte de las herramientas teóricas necesarias para analizar la convulsionada realidad política argentina, pero esta vez en clave nacional-popular. Dicho esquema se aplicó, especialmente, para analizar la larga proscripción peronista y el fracaso de la propuesta desarrollista de las gestiones presidenciales de Arturo Frondizi (1958-1962) e Illia (1963-1966), y alimentó las expectativas de conformar un frente político común que terminara con el histórico divorcio entre la clase obrera y los intelectuales.

José Aricó, uno de los principales animadores de la inserción y la difusión de las ideas de Gramsci, tanto en Argentina como en el resto de Latinoamérica, ha comentado al respecto:

[L]a discusión acerca de la vigencia del gramscismo, tuvo en nosotros un efecto de liberación muy fuerte, nos ayudó a observar fenómenos que antes, en el pensamiento marxista, estaban soslayados. Por ejemplo el problema de los intelectuales, de la cultura, de la relación del Estado, nación y sociedad, la función del partido político en el seno de un bloque de fuerzas populares, etcétera. No es que tales problemas no se pensaran, sino que se pensaban desde una perspectiva que no nos obligaba a descubrir nuestra propia realidad nacional.⁹

Hasta que se produjo la renovación teórica y la franca introducción de las ideas humanistas en los primeros años de la década del sesenta, los intelectuales comunistas—pese a algunas excepciones—no habían sustentado generalmente sus análisis políticos en variables histórico-nacionales.¹⁰ La teoría de la hegemonía de Gramsci dio un novedoso protagonismo a la hipotética unidad nacional de las clases dirigentes en el Estado, con el fin de convertirlo en el centro de constitución de un aparato hegemónico que asegurase la implantación del socialismo. Gramsci pensó que esto sólo era posible a partir de la reconstrucción de la historia política

⁹ José Aricó, *Entrevistas (1974-1991)* (Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, 1999), 18.

¹⁰ Sobre este tema, ver el artículo de Alejandro Cattaruzza en este número de *A Contracorriente*.

de las clases, del reconocimiento de sus formas de conciencia, de sus propios modos de organización y de la relación entre intelectuales y clases populares, una relación que -en el caso de los países latinoamericanos- aparecía limitada y mediatizada por su condición de dependencia.

Implícita o explícitamente la llamada *nueva izquierda* argentina fue atravesada por dicha lectura, que si bien adoptó particularidades organizativas según los casos, de un modo u otro se convirtió en pieza esencial de su andamiaje teórico-filosófico. Si tuviéramos que resumir los puntos centrales, tal vez deberíamos decir que la introducción del pensamiento de Gramsci brindó a las jóvenes generaciones dos elementos esenciales: en primer lugar, las herramientas teóricas para repensar el proceso histórico argentino, fundamentalmente el abordaje de la cuestión peronista, y el intento de construir un puente que estrechara las relaciones entre la izquierda marxista y el nacionalismo popular encarnado por el peronismo. Y en segundo lugar, fundar una nueva lectura del vínculo entre el campo de la cultura y la política, un vínculo que permitiera repensar la históricamente conflictiva relación entre *intelectuales* y *pueblo*.

1.3. Marxismo, peronismo y nación: la *Izquierda Nacional*

Contrariamente a la producción simbólica antiperonista que habían impuesto los sectores letrados más tradicionales (un sector que concebía al peronismo como un hecho artificial y pasajero), a partir del primer tercio de la década de 1960 una abrumadora cantidad de nueva bibliografía comenzó a dar muestras del inesperado cambio de percepción respecto al curso de los procesos políticos y la naturaleza de las organizaciones populares. Para muchos intelectuales el peronismo cobró un nuevo rostro, esta vez un rostro positivo. Lo mismo ocurrió con otras organizaciones latinoamericanas y del llamado Tercer Mundo, que parecían encarnar proyectos político-sociales transformadores o revolucionarios que resultaron muy persuasivos. Aquí la influencia del caso cubano fue poderosa.

Fundamentalmente entre 1955 y 1966 el extenso despliegue de una literatura interpretativa dirigida a revisar la actuación de la clase media en relación al fenómeno peronista fue, para Carlos Altamirano, producto de un

sentimiento de mortificación y expiación.¹¹ A su juicio, los letrados buscaron purgar las faltas cometidas contra el pueblo en 1943 y 1955, e incorporar bases marxistas a los análisis para unir su destino pequeño burgués al del proletariado. En este sentido, Noé Jitrik apunta que la producción de esa literatura “señalaba una especie de compulsión por entender eso que se llama realidad”.¹² Pero si bien los esquemas conceptuales y los posicionamientos adoptados por los autores fueron diversos, podemos ver que en todos ellos se percibe nítidamente esa sensación. Así ocurre, por ejemplo, con los libros *Civilización y Barbarie* de Fermín Chávez, *Orden y Progreso* y *Análisis del frondizismo* de Ismael Viñas, *Los años despiadados* y *Las malas costumbres* de David Viñas, *Cabecita negra* de Germán Rozenmacher, o *Buenos Aires, vida cotidiana y alineación*, de Juan José Sebreli.

La aparición de esta bibliografía y el interés de buena parte de los intelectuales argentinos en reinterpretar la compleja relación entre clase media y peronismo—teniendo en cuenta su procedencia—nos induce a pensar que en realidad, lo que hacían estos letrados era revisar críticamente cuál había sido su papel respecto a los movimientos populares a lo largo de la historia argentina en general, y durante los gobiernos peronistas en particular. El perfil o el carácter de la literatura interpretativa de la realidad socio-política de entonces no sólo incorporó ideas y prácticas políticas revolucionarias, sino también la búsqueda de un nuevo lugar, de una nueva función político-social para los intelectuales de clase media, quienes nunca habían ocupado un sitio cercano a los afectos del pueblo.

Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui fueron tres de los autores más representativos de la llamada *Izquierda Nacional*, un activo núcleo de intelectuales que buscó incorporar los esquemas teóricos marxistas al análisis de la realidad argentina, en especial aplicándolos en clave nacional a la irresuelta proscripción peronista. Sus interpretaciones se convirtieron, desde mediados de los sesenta, en una alternativa al ideario liberal dirigida a establecer vínculos entre las corrientes de izquierda y los sectores más afines del nacionalismo

¹¹ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires: Temas, 2001), 102.

¹² Noé Jitrik, Entrevista de N. Aguilera, *Tramas*, Córdoba, N° 4, Vol. II, 41.

peronista. Los trabajos de Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos argentinos* (1956) y *El proletariado en la revolución nacional* (1958); los de Jorge Abelardo Ramos, *América Latina: un país* (1949), *Crisis y resurrección de la literatura Argentina* (1954), y *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957); así como los de Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y Peronismo* (1957) y *La formación de la conciencia nacional* (1960), fueron textos que cobraron gran notoriedad en los ámbitos universitarios de finales de la década de los 60s y principios de los 70s al lograr sistematizar el proyecto denominado *socialista nacional* que intentó tomar forma concreta a través del así llamado *Peronismo Revolucionario*, un proyecto que recibió una fuerte inspiración cubana en el desarrollo de sus tesis y métodos, y que tuvo en John William Cooke su personaje más original.

Dichos autores se ubicaron dentro del llamado nuevo marxismo, corriente que se consideró parte del pensamiento nacional enfrentado al liberalismo y el cientificismo de la sociología norteamericana incorporada a la universidad de Buenos Aires, entre otros, por el sociólogo Gino Germani. Hay que destacar que el marxismo con el que estos autores fundamentaban sus interpretaciones no era un compendio doctrinario homogéneo, pues utilizaron alternativamente concepciones de Lenin sobre el imperialismo e ideas de Trotsky sobre semi-colonia y bonapartismo. No obstante, su opinión coincidía en el compromiso militante que debían asumir los intelectuales argentinos con las organizaciones políticas en el proceso de transformación social, un proceso que se vivió con urgencia y donde suponían que el peronismo tenía un papel protagónico, un papel inscrito en el relato marxista en tanto movimiento popular, antiimperialista y solidario con las causas de liberación nacional que en esos años atravesaban, en especial, algunas ex-colonias europeas en Asia y África.

A juicio de autores como Puiggrós y Ramos la democracia burguesa de estilo europeo era un producto importado al Tercer Mundo, un sistema de privilegio que venía a instituir la dominación y el saqueo simbólico y material de los países colonizados. Puiggrós y Ramos consagraron no pocos esfuerzos teóricos al rechazo de todo análisis que atribuyera caracteres fascistas al régimen encabezado por Perón entre 1946 y 1955. Una de las

tesis más usadas en el respaldo de este afán fue la de considerar al fascismo un fenómeno típico del capitalismo avanzado y de una sociedad con vocación imperial, situación que, a su juicio, no podía atribuírsele a Argentina ni a ningún país del Tercer Mundo. Puiggrós y Ramos más bien colocaban a Perón entre los líderes revolucionarios tercermundistas, como una expresión del nacionalismo autoritario, opuesto al liberalismo y al comunismo, es decir, opuesto a lo que ellos consideraban las dos formas existentes y opuestas de imperialismo. Este razonamiento buscaba abrir una brecha en favor del *tercerismo* o, para decirlo con sus propias palabras, la *vía argentina* al socialismo.

Puiggrós y Ramos no habían ofrecido, hasta mediados del sesenta, más que una de las diversas lecturas alternativas que se postulaban del conflicto peronista; de hecho, no abandonaron su marginalidad hasta los últimos años de la década del sesenta y principios del setenta, cuando sus concepciones se convirtieron en un esquema interpretativo con relevancia política gracias al peso relativo que este adquirió en una importante porción de la intelectualidad y la juventud universitaria, una generación que mostró una inclinación ideológica nacional populista que, agudizada por las condiciones represivas impuesta por la dictadura de Onganía a partir de 1966 y en combinación con los sectores católicos portadores de un discurso cristiano post-Concilio Vaticano II (1962-1965), radicalizó sus posiciones y gravitó en la escena con algunas expresiones político militares -especialmente la organización Montoneros-, que tuvieron su máxima expansión entre 1972 y 1973.

2. Los intelectuales *comprometidos*

2.1. El existencialismo sartreano y el grupo *Contorno*: de la literatura al compromiso político

Como hemos señalado hasta aquí, en estos años hubo un poderoso proceso de transferencia discursiva entre política y cultura. Es decir, observamos un importante flujo de nuevas disciplinas sociales, teorías e ideas que alimentaron las preocupaciones políticas en los ámbitos del conocimiento, el pensamiento y el arte. Especialmente a partir de 1955,

cuando los diversos núcleos letrados antiperonistas se incorporaron a la vida pública y comenzaron a tener un mayor espacio de acción en la universidad y los circuitos editoriales, observamos una creciente inclinación por participar en los debates que afectaban al país, un interés centrado sobre todo en las problemáticas derivadas del subdesarrollo, la dependencia (económica y cultural) y—fundamentalmente—dirigido a conformar el proyecto de país que incorpore, desmovilice y subordine a las masas trabajadoras fieles al liderazgo de Perón.

Tal como hemos comentado más arriba, en este período el marxismo pasa a ocupar una posición protagónica en tanto teoría crítica y de análisis de los conflictos sociales, pues era considerada una de las doctrinas más avanzadas de la época y sus generalizaciones eran muy respetadas en gran parte del arco científico. Sin embargo, el marxismo no es la única influencia que reciben los núcleos letrados de la época, sino que ésta se combina con diversas corrientes de pensamiento humanista que proponen explícitamente mantener una actitud de compromiso crítico frente a temas políticos, como fue el caso, por ejemplo, del existencialismo.

En el caso argentino, uno de los grupos intelectuales más prolíficos de esos años fue el que integraban David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrick, Rodolfo Kush, Ramón Alcalde y Susana Fiorito, quienes publicaron entre 1953 y 1959 la revista *Contorno*. Si bien todos ellos ya habían participado de otras publicaciones como *Verbum*, *Centro* o *Ciento y Una*, la experiencia y el perfil que asumen en *Contorno* marcó un antes y un después no sólo en sus propias producciones, sino en las del resto de toda una generación de intelectuales de la época.

Durante una conferencia en Córdoba en 2005, Juan José Sebreli describía así la experiencia de *Contorno*:

[T]odo el grupo que hacíamos *Contorno*, y yo en mi primera etapa como escritor, indudablemente estuvimos influenciados por el existencialismo. Sartre fue quien dio sustento filosófico al compromiso público asumido por los escritores de izquierda en los sesenta, su estilo rebelde, antiburgués, era una marca ideológica ineludible.¹³

¹³ Juan José Sebreli, “La crisis argentina según Juan José Sebreli”, Conferencia, Universidad Siglo XXI, CPCEC (Córdoba, 19-06-2005).

Tampoco el escritor Abelardo Castillo parece tener dudas al respecto cuando dice:

[E]sa es una de las características de los sesenta, el paradigma de la época serían las ideas de los existencialistas franceses ateos, como Sartre, Camus, o Beauvoir, donde el compromiso ideológico, el compromiso estético y la militancia eran más o menos la misma cosa.¹⁴

Lo dicho por Sebrelí y Castillo parece evidente cuando se revisan las publicaciones de esos años, donde se traducen sin cesar gran cantidad de textos, artículos y entrevistas de un Jean Paul Sartre que se convierte en un ícono indiscutido del pensamiento. Algunas de las revistas político-culturales más transitadas de aquellos años, como *Contorno*, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, *Pasado y Presente*, *La Rosa Blindada*, entre otras—y en consonancia con *Les Temps Modernes* o *Monthly Review*—repetían sus páginas que la vida humana era la realidad radical y la razón histórica la razón suprema: “El hombre es primero un proyecto que se vive subjetivamente; nada existe antes que este proyecto; nada hay en un cielo inteligible, y el hombre será lo que ha proyectado ser”.¹⁵

La imagen de intelectual que forja Sartre en esta etapa está impresa claramente en *¿Qué es la literatura?*, un texto donde despliega una figura ideal que no queda reducida al saber técnico o específico del especialista o experto, sino que apela a un hombre que se convertiría en intelectual debido a su compromiso con una función social, con el rol de portavoz de una conciencia humanista y universal que se distinguiría más allá de las fronteras y de las nacionalidades. La posición de pensador crítico, comprometido e independiente era para Sartre y sus entusiastas el lugar simbólico donde se fundaba la legitimidad política de los intelectuales. Es decir, para Sartre, era en los signos de preocupación o indiferencia ante las problemáticas sociopolíticas que aquejaban al mundo donde el intelectual demostraba su conciencia crítica. Era precisamente allí donde tenía sede su compromiso. Y a su juicio, el hombre sería responsable tanto de lo que hace

¹⁴ Abelardo Castillo, Entrevista de Fernando Piñero, *Tramas*, N° 4, Vol. II, 15.

¹⁵ Hugo Rodríguez Alcalá, “Existencia y destino del hombre”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Quinta época. Año 5, N° 1 (1960): 21.

como de lo que no hace, y su destino un efecto subsidiario de su acción tanto como de su omisión.

José Pablo Feinmann, en un ejercicio de memoria, recuerda que en los sesenta todos hablaban de existencialismo pero que “*El ser y la nada* era un libro intransitable. No todos podían meterse de cabeza en las penumbrosas aulas de la calle Viamonte y estudiar filosofía junto con Masotta, Sebrelí, Rozitchner o Eliseo Verón”.¹⁶ Sin embargo, la complejidad de las reflexiones sartreanas se masificaron más bien a través de un folleto de carácter explicativo titulado *El existencialismo es un humanismo*, un texto que era más accesible que *El ser y la nada* y a través del cual muchos lectores se introdujeron no sólo a los planteos fenomenológicos, sino también se familiarizaron con las categorías y concepciones marxistas.

En un ensayo titulado *La sangre derramada* Feinmann analiza las distintas expresiones de la violencia política en la Argentina de los *sesenta-setenta*. Allí expresa su sorpresa respecto al abandono que han sufrido las ideas de Sartre en los últimos años y atribuye este hecho a que Sartre se ubica entre los filósofos de los temas más vehementes de la modernidad: el marxismo, la literatura comprometida, la idea de totalidad; en suma, el del mandato de transformación del mundo a partir de la praxis del sujeto libremente comprometido. Y esto—dice Feinmann en la actualidad significa *quedar pegado*.¹⁷

Pero volviendo ahora a la revista *Contorno*, podemos decir que se trató de un original proyecto cultural que en el inicio de sus seis años de existencia (1953-1959) partió de la crítica literaria para terminar más tarde en el análisis político. En los sectores juveniles de izquierda la aparición de *Contorno* fue muy bien valorada. Por ejemplo, desde el editorial del primer número de la revista *Pasado y Presente* se elogió la tarea de *Contorno*, considerada un intento serio y audaz por estructurar una nueva relación

¹⁶ José Pablo Feinmann, *La sangre derramada* (Buenos Aires: Ariel, 1998), 48.

¹⁷ *Quedar pegado* es una expresión que puede utilizarse en varios sentidos. En este caso Feinmann parece referirse a la duda desprestigiante que actualmente despierta en muchas personas el hecho que alguien mencione aspectos teóricos que colaboraron en los *sesenta-setenta* a fortalecer una visión transformadora de la sociedad, que con frecuencia se asocia acriticamente, compacta e injustamente a la radicalidad cuando no directamente al terrorismo. Posiblemente *La Náusea* sea el único libro de Sartre que no ha perdido actualidad y del cual no deberíamos temer *quedar pegados*.

ideológica-moral con las problemáticas de la realidad nacional. Así lo creyó José Aricó, quien escribió:

Ninguna como ella, entre sus contemporáneas, se caracterizó por un deseo igual de posesionarse de la realidad, por una búsqueda tan acuciante de las raíces de nuestros problemas. Fue quizás la revista más avanzada de lo que ha dado llamarse izquierda independiente argentina (...) [en la búsqueda] de crear puentes que permitan establecer un punto de pasaje entre el proletariado y los intelectuales, (...) en una corriente concreta que englobe clase obrera y capas medias.¹⁸

Como vemos, en las páginas de *Contorno* primero y *Pasado y Presente* después, los redactores se repiten la pregunta: ¿cuál debe ser la función social de los nuevos intelectuales argentinos?, una preocupación casi obsesiva de esta generación de mujeres y hombres que se inclinaron a reflexionar acerca de los avatares políticos del país en este particular período de la historia. De hecho, en las páginas de dichas publicaciones circularon dos de los dilemas fundacionales de la *nueva izquierda*: por un lado, el divorcio existente entre la clase obrera—en su mayoría peronista—y los intelectuales marxistas, y por otro, el sentimiento de impotencia e incluso de culpa ante la toma de conciencia de su ineficacia política en tanto intelectuales de origen pequeño burgués.¹⁹

Por su parte, Oscar Terán agrega a esto que la recolocación del fenómeno peronista conllevó una redefinición de la franja crítica dentro del espectro político-cultural y conformó uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en el campo intelectual.²⁰ Pero la tarea de la revisión emprendida por los intelectuales no parecía estar dirigida solamente a analizar su lugar de actuación en relación al peronismo, sino a la necesidad de reducir la notable distancia que los había separado del pueblo o el proletariado.

¹⁸ José Aricó, “Editorial”, *Pasado y Presente*, Año 1, N° 1, Córdoba 11.

¹⁹ Las exigencias ideológico-morales del intelectual contestatario argentino y la paulatina nacionalización de sus preocupaciones político-sociales lo llevaron a problematizar sobre su lugar y la realidad contradictoria de su origen de clase en relación a las masas obreras no-marxistas y su líder natural: Perón, quien durante sus gobiernos había dado sobradas muestras de antipatía no sólo hacia los partidos marxistas sino también a todo núcleo intelectual, peor aún si era disidente.

²⁰ Terán, *Nuestros años sesenta*, 45.

En efecto, el florecimiento de las polémicas desatadas alrededor del tema señalan, por un lado, una creciente y afiebrada disputa por la legitimidad en el campo intelectual, una legitimidad que no estaba reducida a ocupar los cargos oficiales de la universidad. Y por otro, la profunda modificación que sufren las tradiciones intelectuales a propósito de los dos sucesos paradigmáticos que nos introducen en la década del sesenta: la proscripción peronista y la Revolución Cubana. El primero de estos hechos sumerge la coyuntura política local en una permanente inestabilidad institucional, en medio de un potente proceso de modernización y expansión de la oferta cultural. Y el segundo cambia completamente la forma de concebir la acción político-ideológica del intelectual y sus aspiraciones de eficacia en el ámbito profesional. La distancia entre ambas tendencias intelectuales se irá ensanchando con el correr de la década. Una de ellas tuvo como ideal establecer una absoluta independencia entre el campo intelectual y el político, mientras que la otra pugnó por una tarea comprometida con la transformación revolucionaria de la sociedad.

El compromiso que fueron asumiendo muchos intelectuales de la época lo expresó David Viñas durante una entrevista realizada por Franco Moggi en 1961, quien le preguntó: ¿qué entiende por escritor comprometido?, ¿comprometido con qué?. Y Viñas responde:

Fundamentalmente, el compromiso es con la historia concreta, con la historia que nos rodea o que se nos cae encima. Se trata de escribir de problemas y no de tópicos. Se está comprometido si se escribe de problemas, si no se toma a la literatura como carrera. Es decir, que el compromiso se define de alguna manera por la negativa. Cuando me siento comprometido escribiendo algo es porque no tengo coartadas, porque no puedo dar un paso atrás. (...) El compromiso aparece cuando el espacio entre la realidad y la ficción se reduce al máximo. Hoy los grandes diarios prefieren que el escritor sea decorativo.²¹

3. Expertos o Especialistas

3.1. La universidad y el lugar de los intelectuales antiperonistas

²¹ David Viñas, “Un cross a la mandíbula”, en *Che*, entrevista por Franco Moggi, Año 1, N° 7 (1961): 20.

Durante los años que Perón estuvo en el gobierno (1946-1955) los intelectuales con mayor visibilidad pública pertenecían a grupos diversos, pero si estaban aglutinados por algún motivo era por su abierta oposición al régimen. El diverso arco letrado antiperonista albergó desde los liberales de *Sur*, pasando por los intelectuales cercanos al *Colegio Libre de Estudios Superiores*, hasta la nueva generación nucleada en *Amigos del Arte*, *Nuevo Teatro* o publicaciones como *Imago Mundi*, *Centro* y numerosos aunque efímeros grupos informales de estudio cercanos al radicalismo, al socialismo o al comunismo. Caracterizados por un perfil más bien elitista que popular, dichos núcleos eran sustentados por el esfuerzo privado de sus propios integrantes, en su mayoría mujeres y hombres pertenecientes a una clase social media o media alta, pero con baja representación partidaria y, en general, completamente apartados de las organizaciones oficiales del Estado.

Luego del Golpe de Estado a Perón (1955), en un contexto de gran inestabilidad política y social donde la represión a los trabajadores y el sabotaje de la *Resistencia Peronista* tenían gran presencia pública, entre 1956 y 1961 el nuevo gobierno del General Aramburu no sólo promovió el masivo relevo de funcionarios en las instituciones del Estado, sino que produjo también el más importante reordenamiento institucional y legislativo de todo el período. La universidad, por supuesto, no fue la excepción y provocó el recambio e incorporación de contingentes completos de ex docentes desplazados e intelectuales antiperonistas que nunca habían ocupado funciones públicas. Para los implicados no se trataba de caer en la restauración de los claustros universitarios preperonistas sino de desarrollar un nuevo proyecto cultural, crear algo completamente diferente que podríamos colocar bajo la idea de *proceso de modernización* o renovación institucional, un proceso dirigido no sólo a los aspectos técnicos y teórico-metodológicos, sino la necesidad de dotar a la universidad de un nuevo rol social.

La refundación de la universidad respondió a un proyecto acorde con las necesidades adjudicadas por los nuevos huéspedes del poder, quienes bajo la óptica del pensamiento desarrollista habían otorgado un papel esencial al Estado. Dicho proyecto de Estado requería un nuevo

complejo institucional diversificado en sus funciones con una mayor estratificación interna y la expansión de una burocracia *tecnificada* en todos los segmentos intermedios y altos de la administración. A priori, el reordenamiento universitario perseguía dos objetivos urgentes y principales: por una parte, la formación de funcionarios y especialistas que dieran contenido y dotaran de una mayor competitividad a las estructuras institucionales, y por otra, continuar con la intensa tarea de recambio de funcionarios—o *desperonización*—del Estado.

El proceso abierto en la universidad fue acompañado por diversas iniciativas que buscaron despertar el interés y la participación de la sociedad. Este fue el sentido dado, por ejemplo, a la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba), a la proyección de la nueva ciudad universitaria, a la recalificación docente o a los concursos para las cátedras. Paralelamente y en consonancia con el proyecto se fundaron nuevas carreras en Ciencias Sociales, como Ciencias Económicas, Sociología, Psicología, Ciencias de la Educación, Ciencias Políticas, Ciencias de la Comunicación, entre otras. De este modo, las ciencias (en especial las sociales) cobraron una notoriedad desconocida hasta entonces, un hecho que no sólo cuadruplicó las matriculaciones sino que implicó la conformación y emergencia de un nuevo colectivo social: los estudiantes universitarios, un colectivo que, por cierto, tuvo una destacada participación en el devenir político del período.

3.2. El caso de los sociólogos

La paulatina fragmentación del conocimiento en campos especializados y la introducción de modernos métodos de abordaje en las ciencias sociales tuvieron un gran impacto en los ámbitos académicos. A partir de estos años la economía o la historia—entre otras disciplinas—comenzaron a regir su actividad a través de teorías, técnicas y una terminología cada vez más específica que pretendió erigirse como sinónimo de neutralidad e independencia ante las influencias o avatares políticos. Un ejemplo de esta tendencia fue la creación en 1957 del Departamento y la carrera de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una iniciativa que institucionalizó la

disciplina y reconoció oficialmente no sólo la autoridad de un nuevo método empírico sino, en especial, la de un nuevo tipo de *científico social*.

Este hecho marcó un antes y un después en el devenir del pensamiento social y su tradición, tanto en aspectos intelectuales como institucionales. En primer término porque la introducción de las ciencias sociales en la universidad generó una oferta alternativa a las carreras clásicas, y segundo, porque buscó homogenizar bajo supuestos parámetros teórico-metodológicos el amplio proceso de modernización puesto en marcha en la universidad. La creación de la carrera de Sociología se inscribe dentro de este efecto general, aunque desde lo particular persiguió profesionalizar una actividad que en rigor ya se venía desarrollando informalmente y que estaba en deuda con una serie de nuevas categorías de análisis. Por otra parte, la sociología vino a reclamar un espacio específico de inserción en un mercado laboral en expansión que, a juicio de su director Gino Germani, estaba repleto de influencias político-ideológicas propias de un ensayismo que obstaculizaba las condiciones de *neutralidad* requeridas para la investigación.

En opinión de Torcuato Di Tella (hijo), el Departamento de Sociología fue una creación típica de la época:

[B]rilló intensamente durante diez años, produciendo escozores y malentendidos en los más diversos lugares, pero convirtiéndose en escuela de pensamiento crítico. Con esto consiguió enajenarse no sólo a la derecha más cerril sino también a una izquierda muy pronto influida por el modelo cubano y por las versiones radicalizadas del justicialismo.²²

Como señalamos antes, esta iniciativa era coherente, por una parte, con el profundo proceso de transformación que durante estos años generaron las ciencias sociales en todo Occidente, y por otra, coincidente con el proyecto de modernización que buscaba incorporar a las elites intelectuales antiperonistas a la universidad en el proceso de reorganización institucional posterior a 1955.²³

²² Torcuato Di Tella, "Gino Germani" (estudio preliminar), en Gino Germani, *Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional* (Buenos Aires: Temas, 2003), 13.

²³ El auge de la Sociología queda probado con la creación de una serie de organismos internacionales de gran protagonismo en la articulación de la investigación, como por ejemplo la International Sociological Association, la

Los trabajos sociológicos abordados con herramientas y concepciones modernas, tanto en Argentina como en la mayor parte de los países latinoamericanos, estuvieron precedidos por estudios concebidos bajo una cosmovisión naturalista de la sociedad. No fue sino hasta fines de la década de los cincuenta y principios de los años sesenta que los métodos de abordaje se introdujeron tal como hoy los conocemos.²⁴ Por lo tanto, como ha señalado Carlos Altamirano, podríamos decir que en Argentina los modos de descripción e interpretación del mundo social que actualmente llamamos sociológicos no fueron producto de un desarrollo reflexivo propio, sino que se trató de una adopción y una adaptación a nuevas formas discursivas sobre la vida social.²⁵

Desde la fundación de la carrera de Sociología el personaje emblemático en este campo sin duda fue su director Gino Germani, quien cuenta entre sus trabajos más reconocidos *Estructura social de la*

International Political Science Association, la Association Française de Science Politique, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, la Escuela Latinoamericana de Sociología, el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales, la Sección de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana como parte de la División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales de la UNESCO, que a su vez había lanzado ya en 1948 publicaciones como el *Bulletin International des Sciences Sociales*, *International Political Science Abstracts*, y *Current Sociology*.

²⁴ Anteriormente se atribuían fundamentos biológicos a los hechos sociales y se consideraba la raza un factor determinante en la evolución. En Argentina quizás los textos más representativos en esta línea fueron *Facundo y Conflictos y armonías de las razas en América*, de Domingo Sarmiento; *Nuestra América*, de Carlos Bunge; *La anarquía argentina y el caudillismo*, de Lucas Ayarragaray; o *La evolución sociológica argentina y El hombre mediocre* de José Ingenieros, entre otros. No obstante, una generación que podríamos llamar intermedia es la de A. Poviña, E. Martínez Paz, R. Orgaz, I. Ruiz Moreno, M. Gálvez, J.M. y F. Ramos Mejía, J.A. García, E. Quesada, R. y H. Rivarola, J.N. Matienzo, A. Dellepiane, M. Cané, L. Maupas, A. Colmo, entre otros, que fueron algunos de los primeros intelectuales surgidos bajo los nuevos aunque todavía frágiles cánones del pensamiento sociológico argentino. Todos ellos alternaban sus actividades profesionales privadas con tareas docentes -que eran fuente de prestigio pero no de dinero- en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y Filosofía y Letras en las universidades de Buenos Aires, Córdoba y La Plata.

²⁵ Carlos Altamirano, "Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la *ciencia social* en la Argentina", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (compiladores), *Intelectuales y expertos* (Buenos Aires: Paidós, 2004), 31. Para más datos consultar Waldo Ansaldi, "De historia y de sociología", en Jorge Raúl Jorrat y Ruth Sautu, comp. *Después de Germani* (Buenos Aires: Paidós, 1992), 71-74; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del Sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), 89-90; Carlos Altamirano, "Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la *ciencia social* en la Argentina", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, comp. *Intelectuales y expertos* (Buenos Aires: Paidós, 2004): 35-37.

Argentina (1955) y *Política y sociedad en una época de transición* (1962).²⁶ La tarea de Germani fue muy controvertida, pues combinó aceptación y resistencia, sobre todo por el carácter y procedencia de sus enfoques. El grupo de intelectuales reunidos en torno a figuras como Germani o José Luis Romero buscó consolidarse como polo interno y externo de opinión, y para ello colaboró coordinadamente en sus investigaciones. En este sentido Beatriz Sarlo ha destacado que tanto Romero—a quien considera la figura carismática de esta generación—como Tulio Halperin Donghi desde la carrera de historia, estaban atentos a las investigaciones que se desarrollaban en el Instituto de Sociología, y con frecuencia participaban en ellas.²⁷

El pensamiento sociológico de Germani fue contemporáneo al estructural funcionalismo practicado en los Estados Unidos, una coincidencia en la que Claudio Suasnábar ha reparado señalando que existía una fuerte vinculación con el desarrollismo cepaliano, y por tanto no le resulta extraño que muchos fundadores y primeros alumnos de la carrera de sociología sean, en los años posteriores, intelectuales de ese organismo.²⁸

Además de los ya mencionados, Germani contaba con colaboradores que provenían de distintas disciplinas como Norberto Rodríguez Bustamante, Ernesto Laclau, Cecilia Durruti, Ana María Bambini, Miguel Murmis, Francisco Marsal o Eliseo Verón, aunque posteriormente algunos de sus más destacados discípulos, como Murmis, Marsal y Verón—más cercanos al marxismo—, se inclinaron hacia posiciones críticas del pensamiento sociológico de su antiguo maestro. Lo que parecían señalar las inclinaciones de los jóvenes investigadores era que, no obstante la

²⁶ Gino Germani nació en Roma y llegó a la Argentina con veintitrés años. Entre 1937 y 1945 trabajó como investigador, pero durante los gobiernos peronistas se alejó de la universidad. Tuvo también una reconocida trayectoria como traductor y editor, fue director de las colecciones *Ciencia y Sociedad* de la editorial Abril, y *Biblioteca de Psicología y Sociología* de Paidós, donde escribió y tradujo una importante serie de estudios preliminares de autores norteamericanos como Lippmann, Laski, Fromm, Malinowski, Mead, Klein, Hollischer, entre otros. Alejandra Germani, “Algunos apuntes biográficos sobre la obra”, en Gino Germani, *Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional* (Buenos Aires: Temas, 2003).

²⁷ Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas* (Buenos Aires: Ariel, 2001), 81.

²⁸ Claudio Suasnábar, *Universidad e Intelectuales* (Buenos Aires: Manantial, 2004), 37.

implementación universitaria de un nuevo paradigma, existían posturas críticas muy persuasivas aunque escasamente incorporadas a los ámbitos institucionales.

3.3. La contestación y la crítica a los *especialistas*

Como hemos señalado en la primera parte del artículo, buena parte del sector intelectual *crítico* o *contestatario* consideraba que no sólo era imposible mantener al investigador aislado del campo de la política, sino que pretenderlo era una actitud reaccionaria, ya que, a su juicio, el rol de la ciencia y tanto más el de los intelectuales debía estar definido por su compromiso con la liberación de las condiciones de subdesarrollo impuestas por el imperialismo. Por ello se acusó a Germani de ser un operador de la burguesía, de utilizar modelos interpretativos esquivos o de ocultamiento de los conflictos reales, es decir, de los conflictos considerados en términos de lucha de clases. Esta concepción llevó por ejemplo en 1963, y a pedido de los estudiantes, a que se abriera una cátedra paralela de Sociología Argentina Contemporánea en la carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a cargo de Silvio Frondizi. Una iniciativa que demuestra el interés existente por articular sociología y marxismo.

En este sentido, Milcíades Peña, en un artículo publicado en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, argumentó que Germani era un imitador compulsivo de la sociología profesional norteamericana, y que:

[E]duca a los futuros sociólogos en el estilo burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto, un estilo de investigación que es esencialmente antidemocrático y que no puede tener un *papel educativo liberador* para los investigadores sociales.²⁹

No obstante las críticas, es claro que la figura del *experto* o *especialista*, esa figura caracterizada por una visión eminentemente *técnica* de sus funciones sociales y abocada fundamentalmente a desempeñar tareas específicas de su área o disciplina, fue la que ocupó los espacios

²⁹ Milcíades Peña, “Gino Germani sobre C.W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año 1, N° 2, (julio 1964): 40.

institucionales centrales del período. Pero lo que nos interesa destacar del grupo de científicos sociales que se integraron a la universidad luego de 1955—ya fueran economistas, sociólogos o historiadores—, es su autoidentificación en tanto *elite intelectual* capacitada y llamada a ocupar el nuevo espacio abierto por el proceso de reordenamiento del Estado. Esta elite intentó convertirse en la referencia de las Ciencias Sociales y buscó, por una parte, sustentar su autoridad científica en la introducción de modernas teorías, y por otra, su autoridad política tras un *ideal* de conocimiento científico-académico, específico, profesionalizado y supuestamente desprovisto de la incidencia ideológica del ensayo.

Así lo asumía entonces Torcuato Di Tella en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* cuando decía:

Una característica importante de una sociedad moderna es la existencia de una “*intelligentsia*”, *definida como un grupo o estrato social integrado por gente que se ocupa con dedicación plena a labores de investigación, enseñanza especializada, creación artística o científica, o a la especulación sobre temas filosóficos, políticos o sociales.* (...) ¿Por qué esto es importante? Porque mientras no exista una “*intelligentsia*” como grupo humano y social, estructurado, con una forma de vida propia, con suficiente tiempo y comodidad como para desempeñar su papel de laboratorio de ideas y conocimientos, la sociedad estará falta de uno de sus más estratégicos componentes.³⁰

A manera de conclusión

A lo largo del texto hemos intentado caracterizar las tres principales representaciones intelectuales de los años *sesenta* (1955-1973), señalar cuáles fueron las corrientes de pensamiento con mayor influencia en su conformación e identificar cuáles fueron las ideas guía de conciencia, actitud y comportamiento. Como sugerimos al comienzo del artículo, dichas representaciones deben ser pensadas en un contexto nacional de gran inestabilidad política y social, donde el gobierno de la llamada *Revolución Libertadora* promovió un debate público—aunque restringido al antiperonismo—respecto a los contenidos del nuevo proyecto de Estado. Y lo hizo inmerso en unas condiciones políticas que requirieron de una violencia represiva creciente sobre los sectores peronistas que resistían su

³⁰ Torcuato Di Tella, “Tensiones sociales en los países de la periferia”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N°1 (enero-marzo, 1961): 61.

marginación de toda opción legalizada de gobierno. Asimismo, observamos que dichas medidas tuvieron como consecuencia la inclinación de los sectores excluidos de la competencia electoral hacia formas irregulares de protesta e insurrección.

En este marco, y para resumir, podemos decir que en los dos extremos del arco intelectual que hemos analizado se encontraban, por un lado, la figura del *experto* o *especialista*, que ocupó los espacios institucionales centrales del período y estuvo influenciado en especial por una visión *técnica* de sus funciones sociales y abocado fundamentalmente a desempeñar tareas específicas de su área o disciplina.. Y por otro, en el extremo opuesto, encontramos al intelectual *orgánico*, cuyas tareas profesionales perdieron especificidad quedando subordinadas a las funciones políticas dentro de su organización partidaria.

A mitad de camino entre los llamados *especialistas* y *orgánicos* hemos descrito la concepción típicamente *existencialista sartreana*, la del intelectual *comprometido*, caracterizado por una visión que apeló a la idea de un hombre que se convertiría en intelectual debido a su compromiso con el rol de portavoz de la conciencia humanista y universal que se distingue más allá de las fronteras y las nacionalidades.